

¿EN LA SOCIEDAD DE LA FORTALEZA O DEL DESFALLECIMIENTO? DESDE LA JUNGLA DE LOS DESEOS A LA EXPERIENCIA PERSONAL DE DIOS

Antonio Jiménez Ortiz*

1. Introducción: ¿Hablar de la virtud en tiempos de posmodernidad?

Ni está de moda en el ambiente ni resulta fácil hacerlo, a pesar de que haya que reconocer que nuestra sociedad es algo más que un mercadillo posmoderno. De hecho hablamos de sociedad compleja, muy estructurada desde el punto de vista económico y político, asentada en la racionalidad moderna y sostenida por la densa red de una tecnología en continuo desarrollo y de una inconmensurable avalancha de información. Sin embargo la atmósfera que respiramos tiene un alto porcentaje de posmodernidad. Y la virtud no congenia bien con el talante posmoderno.

No parecen ser tiempos para decisiones fuertes y compromisos firmes, para hábitos permanentes que impliquen renunciaciones y sacrificios. El momento posmoderno explicita el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos y comportamientos pueden cohabitar sin excluirse. Todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple y ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo sin referencias estables ni coordinadas, y en un ambiente que promueve constantemente la gratificación inmediata de los deseos: “Al actor social posmoderno (...), ligero, móvil, y no envarado en un credo ni esclerotizado en un ámbito cultural, le gusta poder pasar sin trabas de un restaurante chino a un club antillano, del cuscús a la fabada, del *jogging* a la religión, o de la literatura al ala delta”¹.

Adolescentes y jóvenes abrirían los ojos con pasmo e incredulidad ante un fervorín religioso o pedagógico que quisiera ensalzar la belleza de la virtud y su necesidad insoslayable para la vida, mientras manejan imperturbables conceptos de virtudes como elementos tácticos en videojuegos que tienen como trama oscuras historias de una Edad Media fantástica y tremendista. El lenguaje sobre la virtud o sobre actos o decisiones virtuosas es incomprensible para no pocos y para otros muchos suena anacrónico.

* Profesor de Teología Fundamental en la Facultad de Teología de Granada.

¹ FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona ³1988, 115.

Desde Kant la ética moderna optó por la categoría de obligación o deber, abandonando los sistemas éticos de Aristóteles y Tomás de Aquino basados en la virtud. Posteriormente la reflexión moral se fue enriqueciendo con otros conceptos como valor, racionalidad, libertad, felicidad... Sin embargo en el último tercio del siglo XX se ha ido recuperando la noción de virtud en ámbitos filosóficos y teológicos², mientras comenzaba a caer sobre la vida cotidiana en Occidente la niebla posmoderna del desencanto y de la desconfianza ante las grandes palabras, entre ellas también la palabra virtud.

Ya no podemos asumir sin más los modelos areteicos del pasado, pero tampoco tenemos que renunciar al concepto de virtud, entre otros conceptos necesarios y posibles, para proseguir la siempre difícil reflexión sobre el obrar humano, cuando tenemos ya una conciencia más exacta de la complejidad de la persona y de la vida humana, individual y social. Las palabras tienen historia, con frecuencia marcada por luces y sombras, por ambigüedades y abusos. Pensemos en la palabra Dios. Las palabras, condicionadas por la historia, manchadas o pisoteadas por la maldad o el fanatismo, pueden ser recuperadas cuando la experiencia humana que las hizo surgir sigue estando viva. Naturalmente sus significados van siendo matizados y enriquecidos a lo largo del tiempo, bajo la ley insoslayable de la continuidad y de la ruptura de los contextos culturales. Por eso no creo que sea necesario sustituir, por ejemplo, virtud por actitud³. Y apuntando ya a la virtud de la fortaleza tendríamos un ejemplo claro del uso de la categoría virtud con sensibilidad actual y con elementos lingüísticos de hoy en estas palabras de Fernando Savater: “El núcleo de las virtudes de existencia (si queremos hablar en lenguaje de ordenadores, el disco duro donde están conservadas todas), es el *coraje*”⁴.

En nuestro caso queremos reflexionar sobre la virtud de la fortaleza desde el presente horizonte socio-cultural y siguiendo las huellas de Jesús.

² Cf. algunos ejemplos en el ámbito filosófico y sociológico, como V. CAMPS, *Virtudes públicas*, Círculo de Lectores, Madrid 1994; COMTE-SPONVILLE, A., *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Espasa-Calpe, Madrid 1998; BELLAH, R., (ed.), *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*, Univ. of California, Berkeley 1985; ID., *Hábitos del corazón*, Alianza Editorial, Madrid 1989; GEACH, P., *The virtues*, Univ. Press, Cambridge 1977; MACINTYRE, A., *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 1987; PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2001. En el área de la teología, BERNASCONI, O., *Morale autonoma e etica della fede*, Dehoniane, Bolonia 1981; COZZOLI, M., *Per una teologia morale delle virtù e della vita buona*, Lateran University Press, Roma 2002; CURRAN, CH. E., *The Catholic Moral Tradition Today. A Síntesis*, Georgetown University Press, Washington 1995; FLECHA, J. R., *Vida cristiana, vida teológica. Para una moral de la virtud*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002; HAUERWAS, S., *Vision and Virtue*, Fides Publishing Company, Notre Dame 1974; KEENAN, J. F., *Virtues for Ordinary Christians*, Sheed & Ward; MIETH, D., *Die neuen Tugenden. Ein ethischer Entwurf*, Patmos, Dusseldorf 1984.

³ Como sugiere Marciano Vidal en “¿Es posible actualizar, de forma inteligente e innovadora, la “ética de la virtud”?”: *Moralia* 27 (2004) 411-412.

⁴ SAVATER, F., *Ética como amor propio*, Mondadori, Madrid 1988, 116.

2. La virtud de la fortaleza desde la perspectiva de Tomás de Aquino

En las últimas décadas se percibe un gran interés por la Edad Media, abandonados ya algunos prejuicios de siglos, que la consideraban simplemente como una época oscura y primitiva. Tomás de Aquino representa el punto culminante de la filosofía y teología del medioevo. Su estructurada y matizada reflexión sobre la fortaleza, apoyada en referencias a situaciones humanas, que manifiestan sutileza de espíritu y profundidad en su análisis psicológico, nos puede iluminar hoy a pesar de la distancia entre su horizonte cultural y nuestro complejo contexto social. Desde su concepción antropológica y teológica puede ofrecernos en su constelación lingüística sobre esa virtud un filtro hermenéutico que nos ayude a discernir sobre las experiencias humanas de uno u otro signo que convergen en ese valor o virtud que llamamos fortaleza.

En la línea de Aristóteles, Tomás de Aquino⁵ fundamenta su análisis en dos aspectos determinantes de la fortaleza: *sustinere* – *aggredi*. El primero consiste en afro-ntar (resistir) la presencia del mal, controlando el miedo que se puede sentir. El segundo supone el enfrentarse (atacar, acometer) al mal, sabiendo moderar la audacia.

Frente a la fortaleza, Tomás de Aquino señala⁶ los vicios del temor o de la cobardía (*timor*), de la petulancia (*intimiditas*) que imprudentemente desconoce el miedo, y de la audacia o temeridad (*audacia*) que empuja hacia el riesgo de perder la vida sin una razón válida.

Vinculada a la fortaleza en su dimensión del *aggredi*, está la magnanimidad (*magnanimitas*), como virtud que guía hacia objetivos nobles, sabiendo arrostrar los peligros que eso supone⁷. No es magnánima la persona presuntuosa (*praesumptio*), que se siente superior a lo que en realidad es, ni el ambicioso (*ambitio*) obsesionado por el honor que quiere conquistar para sí, ni el individuo que se contenta con las apariencias y la fama efímera de la opinión pública (*inanis gloria*), ni el pusilánime (*pusillanimitas*) que no se compromete por pereza o por miedo. Y frente a la magnificencia (*magnificentia*) como virtud afín a la fortaleza, Tomás de Aquino⁸ destaca los vicios de la mezquindad (*parvificentia*) y del despilfarro (*consumptio*).

Según Tomás de Aquino⁹ las virtudes vinculadas a la fortaleza en su dimensión de *sustinere* son la paciencia (*patientia*), la longanimidad (*longanimitas*) o capacidad de esperar sin desanimarse, y la perseverancia (*perseverantia*), con la constancia de ánimo (*constantia*) en las adversidades.

⁵ Cf. *STh* II-II, q. 123, a. 6.: “Resistir es más difícil que atacar. (...) porque el resistir implica mucho tiempo, sin embargo el ataque puede ser repentino. Es más difícil permanecer firme mucho tiempo que moverse con un impulso repentino para realizar alguna cosa ardua”.

⁶ Cf. II-II, q. 125-127.

⁷ Cf. II-II, q. 129-133.

⁸ Cf. II-II, q. 134-135.

⁹ Cf. II-II, q. 136-138.

Este análisis de Tomás de Aquino no es puramente antropológico. El plantea su reflexión en el marco de la gracia¹⁰. De hecho el acto más perfecto de la fortaleza es el martirio. Sin embargo el entramado de su concepción de la fortaleza es antropológico: “Que la fortaleza, como hemos dicho antes (q. 123, a. 2; I-II, q. 61 a. 3), implica una cierta firmeza de ánimo, requerida no sólo para hacer el bien, sino también para soportar el mal, principalmente si se trata de bienes o males arduos. Y que el hombre, según su modo propio y connatural, puede tener tal firmeza en lo uno y en lo otro, que no desfallezca en la práctica del bien a pesar de la dificultad que entraña la realización de ciertas obras arduas o el aguante de ciertos males graves. Tal es la razón por la que a la fortaleza se la considera como virtud especial o general, como dijimos (q. 123, a. 2)”¹¹.

Desde este punto de vista antropológico, en el que convergen experiencias humanas básicas de ayer y hoy, nos queremos preguntar si la virtud de la fortaleza encuentra hoy plausibilidad social o más bien sufre un real eclipse cultural.

3. Eclipse cultural de la virtud de la fortaleza

Conscientes de las distancias de todo tipo que nos separan del paradigma cultural de Tomás de Aquino, podemos afirmar que la imagen de ser humano que se perfila en su análisis de la fortaleza no está de moda actualmente. Una personalidad sólida, con principios y convicciones, estructurada con un proyecto de vida, sostenida por una voluntad que sabe decidir de forma resuelta parece hoy un sueño imposible. El talante posmoderno emerge como una amalgama de ligereza y hedonismo lúdico, de falta de compromiso, de relativismo, de indeterminación, de sentimiento de provisionalidad, de superficialidad agradable y de comunicación fácil y escasa de contenidos... La personalidad narcisista y hedonista que deambula por la posmodernidad no se siente inclinada a asumir la virtud de la fortaleza.

En una sociedad sin referencias globales ni criterios definitivos, sometida a una implacable aceleración, bastantes adolescentes y jóvenes padecen una aguda fragmentación interna, sin una columna vertebral que sostenga su personalidad, que así parece más dotada, según el pensamiento posmoderno, para enfrentarse a las múltiples circunstancias y condicionamientos del mundo actual. Flexibilidad y tolerancia son las actitudes fundamentales que propugna el ambiente social. Pero

¹⁰ Cf. II-II, q. 139, a. 2: “Pero, por encima de esto, el Espíritu Santo mueve al hombre para que lleve a término cualquier obra comenzada y se vea libre de cualquier peligro que le amenaza. Esto trasciende la capacidad de la naturaleza humana, ya que hay casos en que el hombre no puede llevar a cabo sus obras o escapar de los males o peligros, pues a veces le agobian hasta causarle la muerte. Pero esto lo realiza el Espíritu Santo en el hombre guiándolo en todo hacia la vida eterna, que es término de toda obra buena y la liberación de todos los peligros. Para ello infunde en el alma el Espíritu Santo una confianza especial que excluye todo temor contrario. Tal es la razón por la que la fortaleza es considerada como don del Espíritu Santo, pues ya dijimos antes (I-II, q. 68, a. 1-2) que los dones tienen por objeto la moción del alma por el Espíritu Santo”.

¹¹ II-II, q. 139, a. 2.

esta flexibilidad puede ir unida a una sensible falta de solidez y de coherencia. Y la actitud tolerante puede ser con frecuencia signo de ausencia de convicciones profundas y de una actitud permisiva.

La desestructuración interna genera inseguridad personal y, con frecuencia, una baja autoestima. Esto explica la búsqueda incesante de espacios de seguridad y de apoyos emocionales: “El *homo psicologicus* aspira menos a sobresalir por encima de los demás que a vivir en un entorno distendido y comunicativo, en ambientes “simpáticos”, sin alturas, sin pretensión excesiva”¹².

La aspiración de bastantes contemporáneos nuestros es poder resituarse cuantas veces sea necesario en un escenario social siempre cambiante, en el que predomina lo provisional sobre lo estable. La pauta a seguir es el *por aquí* y el *por ahora*, como línea de actuación más realista y eficaz: “En un mundo en el que el futuro es, en el mejor de los casos, oscuro y borroso, y muy probablemente peligroso y lleno de riesgos, fijarse objetivos remotos, sacrificar el interés individual en pos de acrecentar el poder grupal y sacrificar el presente en nombre de la dicha futura no resultan una propuesta atractiva ni sensata. Toda oportunidad que no se aprovecha aquí y ahora es una oportunidad perdida; no aprovecharla es, por lo tanto, algo imperdonable, difícilmente excusable y menos aun reivindicable. Como los compromisos presentes son escollos para las oportunidades de mañana, cuanto menos serios sean, menor es el daño que pueden causar. La palabra clave de la estrategia de vida es “ahora”, sin importar los alcances de esa estrategia ni lo que pueda implicar”¹³.

Hay que procurar no quedarse descolgados de las oportunidades de cualquier tipo que puedan surgir. Esto genera un acusado pragmatismo, orientado constantemente hacia lo útil en cada instante, atentos siempre a acomodarse a las necesidades del momento. Todo esto conduce a la creación de personalidades sin convicciones sólidas, sin certezas asimiladas vitalmente, que no se sienten capaces de opciones definitivas, que comprometan al individuo para siempre: “(...) desgarrado entre la necesidad de creer y la necesidad de justificar sus creencias, es asimismo un apóstata profesional, el nómada de los transfuguismos continuos, aquel que en el transcurso de una única vida abraza y abjura de montones de fes e ideas, mediante adhesiones tan efímeras como intransigentes”¹⁴. El ambiente y la propia fragilidad invitan al descompromiso emocional y social.

Si en la sociedad prima la ética de la diversión sobre la ética del esfuerzo, la búsqueda del propio interés sobre la responsabilidad pública, la crítica sobre la reflexión, la exaltación del tiempo libre frente al compromiso laboral, entonces no

¹² LIPOVETSKY, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986, 70-71.

¹³ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2003, 173.

¹⁴ BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona 1996, 44.

es de extrañar que jóvenes y no pocos adultos orienten sus energías hacia la fruición y el placer: “Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma posmoderna del interés privado. Ya no se trata de convertir a los hombres en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirlos al menor coste posible. El individuo posmoderno, conglomerado desenvuelto de necesidades pasajeras y aleatorias, ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar cadenas, y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha”¹⁵.

El anclaje exclusivo en el presente, que reduce el horizonte axiológico a la valoración de lo que ahora se esté gozando o viviendo, es la única actitud sana. Por tanto el comportamiento parece orientado hacia el consumismo hedonista. Si los padres piensan que sus hijos deben tener lo que ellos no pudieron disfrutar en su juventud, entonces ellos percibirán el consumismo como algo ajeno al trabajo y al esfuerzo. No se trata de una recompensa por lo que hacen u ofrecen. Es un derecho que se ha de ejercer gastando en cuanto sea posible, sin miramientos con los continuos equilibrios a que están sometidas las economías domésticas. Este afán consumista puede operar, en bastantes casos, como elemento compensatorio de sentimientos de inferioridad, de soledad o de fracaso. La gran virtud del consumismo consiste en ser remedio para nuestras tensiones y frustraciones, consuelo en nuestras depresiones, sustituto del afán de superación y de las insostenibles exigencias de eso que se llamaba virtud de la fortaleza.

Y sin embargo el consumismo no ofrece solución definitiva: habiendo crecido adolescentes y jóvenes con el hábito de la gratificación inmediata, han de digerir grandes dosis de frustración y de ansiedad, pues han vivido muy protegidos en la infancia y en la adolescencia, y sienten cómo la incertidumbre ante el futuro oscurece su horizonte existencial. Tienen poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables: “¿Qué cosa hoy no da lugar a dramatizaciones y *stress*? Envejecer, engordar, afearse, dormir, educar a los niños, irse de vacaciones, todo es un problema, las actividades elementales se han vuelto imposibles”¹⁶. Arrinconando ideologías y dogmas religiosos, expulsado del cascarón protector de la tradición, aislado y también aligerado de opciones y compromisos, el individuo se siente más vulnerable que nunca, ansioso de un espacio saturado de música, ruidos, luces y colores en el que sea posible alejar la melancolía, romper el aislamiento, olvidarse de responsabilidades y sacrificios¹⁷.

Los jóvenes han sido socializados, por los medios de comunicación social y por los líderes de la opinión pública, en la sociedad de los derechos más que en la sociedad de los deberes. La ascética y la disciplina no están de moda. Todo lo que

¹⁵ FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento*, 128.

¹⁶ LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 47.

¹⁷ BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, 32, 70-71, 144.

supone renuncia o austeridad se ha desvalorizado en beneficio del deseo y de su gratificación inmediata.

Se trata de suprimir cualquier intervalo entre la formulación de un deseo y su realización: “La “elección racional” de la época de la instantaneidad significa *buscar gratificación evitando las consecuencias*, y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar. Las huellas durables de las gratificaciones de hoy hipotecan las posibilidades de las gratificaciones de mañana”¹⁸.

Lo que importa hoy no es lo que puedo, sino lo que deseo con ansia, intentando abolir todo lo que en la vida supone espera, dominio de sí, renuncia, capacidad de maduración. La ciencia, la técnica, la industria nos han acostumbrado a la avidez, creyendo que todo lo posible es deseable, y todo lo deseable es necesario. Resulta insoportable diferir la gratificación. El consumismo crea un individuo voraz, vano, vago, vulnerable, impaciente por ser feliz, para el que la finalidad de la existencia ya no consiste en crecer o en superarse, sino en ser preservado entre algodones, libre de sufrimientos, de riesgos, de exigencias o compromisos¹⁹. Las relaciones personales están sometidas a la inestabilidad, pues se tiene miedo de la propia vulnerabilidad y de la inconsistencia ajena.

La búsqueda de la gratificación inmediata condiciona la solidez de todo compromiso: sólo se mantiene si resulta agradable para el sujeto, porque se vive en la creencia de que un compromiso importante en la vida debe ser en todo momento gratificante. No es comprensible una opción que se deba mantener con el esfuerzo ascético: “El fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: “todo y ahora” y ya no *per aspera ad astra*. “Disfrutad”, leemos a veces en las pintadas”²⁰. El principio del placer, erigido en norma absoluta, como voluntad de no hacer más que lo que venga en gana, degenera en un hedonismo mediocre, en el que la soberanía del capricho pulveriza el principio de la alteridad²¹.

Respecto a la relación personal en sí misma se comprueban dos tendencias aparentemente divergentes: por un lado, se buscan relaciones que no generen compromisos serios o exigencias que impliquen sacrificios, y por otro, hay un deseo profundo de fidelidad, que es valorada como el factor más importante para el éxito de una relación de pareja. En el fondo puede tratarse de dos consecuencias lógicas provocadas por la inseguridad personal y la vulnerabilidad psicológica.

Asistimos a la proliferación y exaltación mediática de personalidades fragmentadas, descompensadas, vulnerables, difusas, acomodaticias, consumistas, mu-

¹⁸ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, 137.

¹⁹ Cf. BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, 42, 59, 64-65, 109, 145.

²⁰ G. LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 57.

²¹ Cf. BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, 110.

dables y desconfiadas: “Todo lo que designa un absoluto, una altura demasiado importante desaparece”²².

Renuentes a los sacrificios y a la espera, incapaces de asumir lo que significa paciencia, constancia o perseverancia, exigentes del bienestar a corto plazo, bastantes jóvenes profesan una «ética sin dolor», un quehacer que reclama siempre satisfacciones sin entregar nada importante a cambio. Comer y beber caprichosamente y a deshoras, comprar compulsivamente son rasgos de una cultura contemporánea en la que el yo interior se alza ansiosamente como el verdadero centro de interés. Porque quererse a sí mismo por encima de todo, amar al niño que llevamos dentro, perdonar sus errores, reforzar sus logros, no permitir que bostece aburridamente es la base del discurso en no pocos de los omnipresentes libros de autoayuda²³. Estamos en una época infantil, en la que se pretende vivir con la estética del niño cuidado y mimado, obsesionado por sus inclinaciones y apetitos, ajeno a los deberes, alérgico al esfuerzo y a la renuncia, encantado en una permisividad en la que ya se ha esfumado la necesidad de la fortaleza como virtud²⁴.

El infantilismo ambiental combina la exigencia de seguridad con una avidez sin límites, el deseo de ser sustentado con la dejación de toda obligación: “(...) el individualismo infantil, por el contrario, es *la utopía de la renuncia a la renuncia*. No conoce más que un único lema: sé lo que eres desde toda la eternidad. No te enredes con tutores ni trabas de ningún tipo, evita cualquier esfuerzo inútil que no te ratifique en tu identidad contigo mismo, hazle únicamente caso a tu singularidad. No te preocupes de reformas, de progresos, de mejoras: cultiva y cuida tu subjetividad que es perfecta por el mero hecho de que es tuya. No resistas a ninguna inclinación pues tu deseo es soberano. Todo el mundo tiene deberes salvo tú”²⁵.

4. ¿Adiós al “esforzado aguante”?

Se acumulan los diagnósticos sobre nuestra sociedad. Posiblemente se trata de un intento de superar la perplejidad que nos invade. Estamos hechos un lío. Vivimos en una sociedad, que, en principio, nos ampara y defiende frente a la amenaza del caos. Esa ha sido siempre la gran tarea de toda cultura: ofrecer sentido, ilumi-

²² LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, 73.

²³ Cf. VERDÚ, V., *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama, Barcelona 2003, 56.

²⁴ Es curioso que las quejas sobre los jóvenes en el ámbito académico por su falta de esfuerzo y dedicación al trabajo tienen en España, al parecer, una tradición secular: “La verdadera causa de nuestro atraso científico á mi juicio no es otra, que la señalada por Pedro Ciruelo, eminente teólogo y matemático de principios del siglo XVI, catedrático que fué de las Universidades de Salamanca, Alcalá y París, al afirmar, según Alvar Gómez, “que no era extraño que su cátedra fuese poco concurrida, pues la doctrina de Santo Tomás necesitaba ser estudiada con calor y pausa para ser bien digerida y esto no gustaba á la juventud española, que por lo común, quiere estudiar *poco, de prisa y con poco esmero*” (DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1898 Á 1899 EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA POR EL DOCTOR DON JUAN A. TERCEDOR Y DÍAZ, CATEDRÁTICO-DECANO DE GRANADA, Imprenta de Indalecio Ventura, Granada 1898, 23).

²⁵ BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, 107.

nar la realidad, darnos seguridad. Y sin embargo asistimos a la consolidación de la llamada sociedad de la información sintiéndonos hondamente zarandeados por la inquietud, por la ansiedad, por la inseguridad, porque de pronto nos vemos impotentes para gestionar con decisión y claridad la complejidad, la incertidumbre, los riesgos que nos asedian por todas partes: el sida, el mal de las vacas locas, la gripe aviaria, el terrorismo, el desamor, el vacío interior, la depresión, el paro, las catástrofes naturales...

Están aconteciendo cambios fundamentales en nuestras escalas de valores, en las estructuras sociales y culturales, en los ámbitos de la sexualidad, de la familia, de la experiencia religiosa... Gozamos de más libertad política, de más bienestar económico, de más capacidad de información, pero también nos vemos enfrentados a más variabilidad, a más imprevisibilidad, a más incertidumbre, a una mayor inseguridad existencial. Convivimos con una sensación inquietante de fragilidad y vulnerabilidad. El escenario social está poblado de individuos vacilantes, inseguros, propensos a desfallecer o a hundirse ante cualquier adversidad.

Hoy no encontrarían eco las apasionadas palabras del lírico griego Arquiloco (S. VII a. C.) en su Elegía a Pericles:

“(...) hinchados de dolor tenemos los pulmones.
Pero los dioses, querido mío, han puesto el esforzado aguante,
como medicina de los males sin remedio”.²⁶

Poco “esforzado aguante” hay en el ambiente de esta sociedad de la impaciencia y de la gratificación inmediata de los deseos. La fidelidad, la confianza, la lealtad, la amistad, el compromiso... son valorados como actitud, incluso exaltados como algo deseable, como realidades humanizantes. Pero en la vida cotidiana esos valores no están sostenidos en el mundo juvenil por el apoyo imprescindible de la renuncia, del sacrificio, de la paciencia y la constancia. Lo que realmente se anhela es ser de corcho para poder flotar y sobrevivir en medio de corrientes turbulentas y amenazantes, ser de plastilina para poder adaptarse a situaciones cambiantes e inesperadas. Se busca flexibilidad y adaptabilidad a costa de solidez y firmeza. La resistencia a la frustración o a la ansiedad es poca, porque escasea la fortaleza de espíritu, el coraje de vivir, el esforzado aguante. Asistimos a una infantilización de las actitudes y de los deseos. Se da una demanda continua y exigente: ser reconfortado, cuidado, en una sociedad de los derechos, pero en el ocaso de los deberes: “Así pues, lo queremos todo y su contrario: que esta sociedad nos proteja sin prohibirnos nada, que nos cobije sin obligaciones, que nos asista sin importunarnos, que nos deje tranquilos pero nos envuelva en las densas redes de una relación afectuosa;

²⁶ Tomado de ADRADOS, F. R., *Líricos Griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos (siglos VII-V a. C.)*. Texto y Traducción por Francisco R. Adrados, catedrático de la Universidad de Madrid, Vol. I, Ed. Alma Mater S. A., Barcelona 1956, 30. En la traducción de Adrados he sustituido “esforzada resignación” por “esforzado aguante”.

resumiendo, *que esté ahí para nosotros sin que nosotros estemos ahí para ella*. “Dejadme en paz, ocupaos de mí”²⁷

5. La virtud de la fortaleza en la espiritualidad cristiana

5.1. Tras las huellas de Jesús

El cristianismo hace su aparición en la historia como un acto de valentía, como un ejercicio de fortaleza: “Viendo la valentía de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados (jefes, ancianos y escribas)” (Hch 4, 13). Ya en la etapa apostólica los cristianos son conscientes de que se han de enfrentar a la prueba, a la persecución, y también a la lucha espiritual que comporta estructurar la propia interioridad y vivir la existencia según unos valores, que chocan frontalmente con el entorno inmediato social y religioso, y también con el dinamismo y la ambigüedad del deseo humano. Sin fortaleza no es posible la experiencia cristiana: “Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno” (1 Jn 2, 14). Y esa fortaleza necesita la garantía del Espíritu: “Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía” (Hch 4, 31).

La incompreensión ambiental y las primeras persecuciones exponen a las primeras comunidades cristianas al sufrimiento y a la tribulación, y en la carta a los Hebreos se les exhorta a la solidaridad y generosidad con los encarcelados, a la paciencia, a la confianza: “Pero nosotros no somos cobardes para perdición, sino creyentes para salvación del alma” (Hb 10, 32-36. 39). Y se argumenta en 2 Tm 1, 7: “Porque no nos dio el Señor un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de caridad, de templanza”. La vida cotidiana del cristiano necesita de los valores o virtudes que convergen en el espacio de la fortaleza, amándose mutuamente, **constantemente** en la tribulación y **perseverantes** en la oración (Rm 12, 10. 12). Y frente al deseo de enriquecimiento, al afán del dinero, frente a la codicia insensata, se ha de buscar la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la **paciencia** en el sufrimiento (1 Tm 6, 9-11). El amor todo lo soporta (1 Co 13, 7). Y en esa lucha desigual que entabla el cristiano, no sólo “contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal”, como afirma la Carta a los Efesios en su lenguaje mitológico y expresivo, se ha de buscar la fortaleza en el Señor y en la fuerza de su poder (Ef 6, 10. 12).

Es ahí donde está la fuente y el modelo de la fortaleza cristiana. Debemos tener “fijos los ojos en Jesús”, que soportó la cruz sin miedo a la ignominia, para no desfallecer como seres pusilánimes (Hb 12, 2-3). Él nos dejó ejemplo para que sigamos tras sus huellas (1 P 2, 21). Probado en el sufrimiento, probado en todo

²⁷ BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, 110.

igual que nosotros, menos en el pecado, es compasivo, porque él también sintió la fragilidad y la vulnerabilidad del ser humano (Hb 2, 18; 4, 15; 5, 2).

Creo sinceramente que la experiencia decisiva en la vida de Jesús es Getsemaní (Mc 14, 32-42; Mt 26, 36-46; Lc 22, 40-46). En esa escena evangélica tocamos palpablemente el fracaso existencial de Jesús ante el silencio aparente de Dios. Es una secuencia narrativa de gran complejidad espiritual: en el desierto del fracaso definitivo y de la soledad angustiada, en la incertidumbre oscura y corrosiva, Jesús mantiene la obediencia y la fidelidad, desde la fortaleza del que ha puesto en las manos del Padre, de su Abba, su persona y su futuro. Y de esa experiencia de confianza última y definitiva brotan, en el agujero negro de esa noche, consuelo, luz y serenidad en la tortura psicológica de quien se siente ya condenado a muerte.

El misterio de la presencia de la ternura singular del Padre acontece en las tinieblas que caen sobre el corazón angustiado de Jesús. Es el momento de la verdad, de la inevitable fragilidad humana, de la fortaleza del creyente, en el naufragio definitivo de sus ilusiones humanas. “Aun siendo hijo, aprendió sufriendo a obedecer” (Heb 5, 8). La fortaleza humana de Jesús está enraizada en la fuerza del Espíritu: “(...) cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10, 38).

Tras la experiencia de Pascua esa fortaleza humana de Jesús queda asumida definitivamente en su realidad gloriosa y exaltada, como confiesa el autor del Apocalipsis: “Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (Ap 5, 12). Por eso el cristiano puede ya hacer suyas, a pesar de su fragilidad y vulnerabilidad, a pesar de la opacidad y ambigüedad de lo que le rodea, estas palabras de Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 4, 13).

5.2. *La fortaleza en la vida espiritual*

En la espiritualidad cristiana la virtud de la fortaleza no es considerada simplemente como el fruto del esfuerzo del individuo. Para la fe la fortaleza es virtud y don del Espíritu de Dios.

En la vida espiritual la fortaleza ha jugado siempre un papel decisivo. Yo la señalaría como “virtud estratégica”. Como afirma Tomás de Aquino, la fortaleza, entendida como firmeza de ánimo, es una “virtud general”, condición necesaria de toda virtud²⁸. Y la detallada descripción que hace de ella Bernabé Tierno confirma

²⁸ Cf. *STh* II-II, q. 123, a. 2. El P. JUAN BAUTISTA SCARAMELLI en su *Directorio Ascético*, Tomo III, Imprenta de la Regeneración, Madrid 1857, 3, 1, 87, en p. 89, comenta esa idea de Tomás de Aquino con estas palabras: “Por fortaleza se puede entender aquella constancia con que, venciendo uno las dificultades ordinarias que se encuentran en la práctica de todas las virtudes, se mantiene firme en el ejercicio de ellas. Tomada

esta visión estratégica de la fortaleza en la vida humana: “La fortaleza es voluntad-acción, dominio de uno mismo, temple de ánimo, superación y esfuerzo del día a día, control de instintos y emociones, perseverancia, tozudez inteligente y apasionada ante las dificultades, vigor psíquico, impasibilidad razonada, compañera inseparable del júbilo, fuerza moral, coraje y audacia, razón, reflexión y sentido de la medida (...). En definitiva, una mezcla de valor, de prudencia y de perseverancia en la misma proporción”²⁹.

Podemos decir que la fortaleza es imprescindible en todo el entramado de la vida espiritual: no hay decisión o compromiso, virtud o actitud, que sean posibles sin coraje, sin firmeza, sin renuncia, en una palabra, sin fortaleza. En la fragilidad y vulnerabilidad frente a la presencia del mal en la historia, en la lucha interior que se desarrolla en el corazón de la persona que busca la verdad, el bien, el sentido de la vida, el cristiano descubre una realidad que le asiste y sostiene. Es el Espíritu de Dios como amor, como luz, como fuerza: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh” (Is 11, 1-2). En el evangelio de Lucas (Lc 4, 16-20), en la escena programática de Jesús en la sinagoga de Nazaret, él confirma que el Espíritu del Señor está sobre él, porque lo ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia.

Según la fe cristiana el Espíritu Santo guía y sostiene el corazón del que busca, consciente o inconscientemente, el encuentro con el Misterio de Dios. El Espíritu es la brújula que orienta y la luz que ilumina el camino hacia esa experiencia del Dios de Jesucristo. Él es el Amor mismo con el que el Padre no cesa de engendrar a su Hijo, y con el que el Hijo no cesa de amar al Padre. El Espíritu es el ser personal, vínculo de amor y de vida, que identifica y une al Padre y al Hijo en una misma esencia.

El núcleo de la experiencia cristiana, como detallaremos más abajo, es el encuentro con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, guiado, sostenido, iluminado por la fuerza del Espíritu Santo. Vivir de la bondad infinita del Padre, imitar esa bondad incondicional en la fragilidad y debilidad, con los condicionamientos de todo momento histórico en el seguimiento concreto de Jesús es nuestra gran tarea como cristianos.

Este seguimiento de Jesús sólo es posible por la presencia del Espíritu que nos capacita para vivir el amor del Padre y la compasión de Jesús en los límites de nuestra vida diaria. El Espíritu es el principio generador y animador de todo el desarrollo de nuestra experiencia religiosa, de nuestra vida teologal con su gracia,

en este sentido la fortaleza, no es virtud cardinal, sino una virtud común, que conviene á todas las virtudes, como condición necesaria para el uso de sus acciones. La razón es clara: no hay virtud que en el ejercicio de sus propios actos no encuentre alguna dificultad”.

²⁹ TIERNO, B., *Fortaleza*, en *Valores Humanos III*, Taller de Editores, Madrid 1993, 229.

con su luz, con su fuerza. La vida según el Espíritu es la vida como hijo adoptivo de Dios, en una decisión libre, sostenida por las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad (cf. Rom 8, 14-17).

En el camino de maduración de esta experiencia teologal van surgiendo preguntas, dudas, dificultades, oscuridad: el corazón humano se resiste a entregarse definitivamente y a nuestra inteligencia le cuesta abrirse al Misterio. La certeza de la fe se funda en el compromiso de Dios con nosotros, con la historia, con la búsqueda de salvación del ser humano. La verdad de Dios, que es lo mismo que decir su misericordia, su gracia, su fuerza son el fundamento de nuestra fe y la roca firme que nos sostiene ante la fragilidad de nuestra opción, ante los límites de nuestra inteligencia, en la debilidad de nuestra voluntad, en las experiencias del sufrimiento y de la muerte que golpean nuestra sensibilidad y oscurecen nuestro horizonte humano y creyente, y que hacen tambalear también nuestra esperanza.

La soledad, la vivencia de los propios límites y de la precariedad de nuestros proyectos humanos, el esfuerzo constante por lograr la comunión a pesar de los fracasos en la fraternidad, no nos ahorra la prueba del cansancio que a veces ahoga la esperanza. Cultivar la esperanza supone vivir con misericordia, inclinarse sobre el ser humano y sostenerlo en su caminar a través de la historia, luchar contra el poder de la muerte y de sus manifestaciones (cf. 1 Cor 15, 26), resistiendo a toda clase de ídolos, huyendo del fatalismo y también de las pretensiones autosuficientes.

Y en la experiencia de la caridad teologal deben ir íntimamente unidas la oración y la solidaridad, la eucaristía y la actitud de servicio, el sentido de iglesia y la apertura cordial al mundo histórico que nos ha tocado vivir. Y esto conlleva el rechazo del individualismo y del egoísmo, la consistencia de la opción de fe, la conciencia eclesial, el sentido de la misión, la capacidad para la renuncia, para la compasión y la misericordia.

Sin la fortaleza, como virtud humana y como don del Espíritu, no es posible la vida teologal.

En el proceso de maduración humana y espiritual no se puede prescindir del sacrificio, del esfuerzo ascético, que hacen posibles el despojamiento frente a nuestros deseos e intereses, la abnegación, la renuncia de sí. Sin esto no hay coherencia, ni compromiso, ni hay suelo firme donde enraizar la fidelidad, que exige perseverancia, constancia, paciencia, cuando el desierto se hace interminable y la desolación arrasa nuestro bien montado andamiaje de gratificaciones.

En ese proceso de maduración personal está incluido lo que se suele llamar acompañamiento espiritual, entendido como una ayuda sistemática a la persona en el conocimiento progresivo y en la aceptación serena de sí mismo, de su historia, de sus posibilidades y límites; en la articulación y profundización de su experiencia cristiana, sobre todo, descubriendo quién es y qué significa para él Dios, Padre de

nuestro Señor Jesucristo; en el discernimiento de la voluntad de Dios en su vida y en la realidad que le rodea; en la realización de un proyecto de vida, desde la experiencia de la comunidad eclesial, en el proceso de una responsable y gozosa decisión vocacional.

En la pastoral juvenil podemos describir el acompañamiento personal como un camino, por el que pedagógicamente, según su ritmo propio, el joven, con el apoyo incondicional y cercano del acompañante, va alcanzando las etapas de su madurez humana, de la personalización de la fe, del compromiso y de la opción vocacional. El acompañamiento es, ante todo, un encuentro interpersonal en la fe, que hace posible la experiencia y la asimilación de los valores centrales para el cristiano. En ese encuentro se intenta unificar a la persona del joven mediante una columna vertebral: la experiencia nuclear de la fe en Dios Padre, revelado en Jesús el Señor por la fuerza del Espíritu.

Se busca integrar su personalidad desde la experiencia del seguimiento de Jesús, haciendo de la fe el núcleo aglutinador de todo el engranaje interior del joven. El fin del acompañamiento personal es la gestación de una persona, que se sienta poseída y guiada por el Espíritu de Jesús, mediante la asimilación de los criterios evangélicos. Y esto exige confrontación con la propia verdad, reconocimiento de posibilidades y límites, aceptación de la corrección, disciplina, temple de ánimo, esfuerzo, coraje, no ceder al desfallecimiento, saber tolerar la frustración..., en una palabra, fortaleza.

6. La fortaleza como virtud estratégica en la pastoral juvenil: desde la jungla de los deseos a la experiencia personal de Dios

A Peter Salovey, de la Universidad de Yale, agradecía Daniel Goleman el concepto “inteligencia emocional” sobre la que él escribía en 1995 un libro que se convertiría en un éxito editorial a escala mundial³⁰.

Nuestra idea sobre la inteligencia humana se ha ampliado más allá de su imagen “racional”: la inteligencia es una compleja realidad, en la que se da una vertebración indisoluble entre conocimiento y afectividad. La inteligencia es al mismo tiempo cognitiva y emocional. Las características propias de la inteligencia emocional que subraya Goleman son: “(...) la capacidad de motivarnos a nosotros mismos, de perseverar en el empeño a pesar de las posibles frustraciones, de controlar los impulsos, de diferir las gratificaciones, de regular nuestros propios estados de ánimo, de evitar que la angustia interfiera con nuestras facultades racionales y, por último –pero no, por ello, menos importante-, la capacidad de empatizar y confiar en los demás”³¹. A simple vista podemos concluir que el ambiente social, como hemos mostrado más arriba, no promueve con entusiasmo esta inteligencia

³⁰ Cf. GOLEMAN, D., *Inteligencia Emocional*, Kairós, Barcelona 1997.

³¹ GOLEMAN, D., *Inteligencia Emocional*, 65.

emocional, que vincula radicalmente las dimensiones afectivas y cognitivas de la persona.

Que la experiencia religiosa tiene profundas raíces en la afectividad es un dato permanente en las diversas tradiciones espirituales. Con frecuencia se ha identificado y se identifica lo afectivo con sentimientos o emociones. Y ya sabemos teóricamente que no es lo mismo, aunque afectos, sentimientos, emociones pertenecen a ese mundo interior complejo de la afectividad humana. Hoy parece imponerse entre la gente joven la creencia de que la religión (y también el amor) sólo tiene que ver con sentimientos. De hecho en la cotidianidad de la religiosidad de adolescentes y jóvenes parece confirmarse que no son las razones las que sostienen su opción, sino las emociones despertadas por un testimonio de vida directo. Su vivencia religiosa adquiere un matiz muy sentimental. Son muy sensibles a los aspectos emotivos, estéticos de la oración personal y comunitaria.

Hay que descubrir el papel único y determinante de la afectividad en la experiencia de fe, sabiendo al mismo tiempo purificarla de emociones y sentimientos que parecen pulular al margen de lo que denominamos inteligencia emocional. José Antonio Marina ha organizado la multiplicidad de experiencias afectivas en tres niveles: el nivel impulsivo de los deseos, necesidades, tendencias y móviles; el nivel sentimental, al que pertenecen los sentimientos como balance consciente de la situación del individuo de cara a la realidad, y el nivel de los apegos, en el que se dan las relaciones psicológicas que enlazan a un sujeto con otra persona, o con alguna experiencia determinante para su vida³². Yo propondría el mismo esquema con pequeñas matizaciones con la sola intención de clarificar lo que pretendo decir. Así hablaría del *nivel de los impulsos*, en cuyo ámbito destaca la presencia del deseo, del *nivel de las emociones*, en el que bullen los sentimientos, y por último del *nivel de las vinculaciones afectivas*, donde se juega el futuro de las relaciones personales decisivas y también la experiencia religiosa de Dios.

Posiblemente en el mundo juvenil la experiencia de la fe está enraizada en su mayoría en el nivel de las emociones, ahí donde borrascas de sentimientos deciden de un día para otro sobre la lábil consistencia de un compromiso. Nuestro desafío en la pastoral juvenil, en el acompañamiento personal consiste en ayudar al joven para que vaya anclando la experiencia de Dios, como amor y ternura infinita, en el nivel de las vinculaciones afectivas, en lo que yo llamaría, “el corazón de su corazón”. El proceso no es sencillo. En este momento sólo quiero apuntar a la necesidad de una voluntad resuelta, es decir, a la imprescindible presencia de la virtud de la fortaleza.

³² Cf. MARINA, J. A., *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*, Anagrama, Barcelona 2004, 55-57.

En palabras de José Antonio Marina el primer criterio de la vida sentimental es: el ser humano necesita vivir sentimentalmente, pero necesita vivir por encima de los sentimientos. En otras palabras: no basta con los valores sentidos, hay que vivir de acuerdo con los valores pensados³³. Es decir, si lo he comprendido bien: no podemos vivir perdidos en la jungla de los deseos, en el laberinto de las emociones. La inteligencia ha de ser puesta al servicio de la afectividad, sobre la base de una voluntad consistente. Porque habrá que decidir continuamente entre lo que deseo y lo que quiero. Y como no coincidirán muchas veces, resulta imprescindible emprender el duro camino de la virtud de la fortaleza, que pueda sostener nuestra voluntad allí donde el deseo o los deseos se quieran imponer a lo que la inteligencia emocional, nuestro Yo, nosotros podemos vislumbrar como un valor digno de ser vivido en una vinculación afectiva definitiva.

La voluntad es el gran ausente en este momento: ausente en la educación familiar, en el ambiente escolar, en el ámbito religioso, en la febril atmósfera del tiempo libre y de la diversión juvenil. “Conviene edificar de nuevo la demolida fábrica de la voluntad, para explicar así *mejor* el comportamiento humano, comprender *mejor* nuestra situación en el mundo, diseñar *mejor* la que deseáramos tener, y encauzar *mejor* los sistemas educativos”³⁴. Y yo añadiría: para estructurar mejor la educación de la fe y, sobre todo, para consolidar mejor la opción religiosa y la fidelidad a la experiencia creyente.

La voluntad implica la habilidad para inhibir el impulso, para deliberar serenamente, para decidir de forma resuelta, para mantener el esfuerzo³⁵. El ambiente familiar y educativo está colmado de fracasos de la voluntad. En adolescentes y jóvenes comprobamos a través de muchas y diversas actuaciones deficiencia de deseo, desgana, desánimo, cansancio, volubilidad, obsesión por el capricho. La voluntad que va surgiendo en esas circunstancias es inestable e inútil. Se da también una marea de impulsividad, de desidia, es decir, una experiencia de descontrol y perplejidad ante la jungla de deseos que crecen desordenadamente en la interioridad del sujeto y que no logran ser estructurados y jerarquizados, porque escasea la capacidad de renuncia, de sacrificio, el sentido de lo que supone una prioridad existencial según una escala de valores humanizante. Y las personalidades indecisas, incapaces de enfrentarse al deber, a la obligación o a la limitación de sueños y deseos, abundan por doquier. La inconstancia, la poca capacidad para soportar el esfuerzo y la renuncia hacen con frecuencia imposibles la perseverancia inteligente y la fidelidad coherente. La fortaleza se hace camino inevitable en el quehacer educativo y en la pastoral juvenil³⁶.

³³ Cf. MARINA, J. A., *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona ²1996, 234, 236.

³⁴ MARINA, J. A., *El misterio de la voluntad perdida*, Anagrama, Barcelona ⁴1998, 154.

³⁵ Cf. MARINA, J. A., *La inteligencia fracasada*, 97-98.

³⁶ La relación entre educación y fortaleza la expresa de forma muy bella J. L. Arsuaga, codirector del Equipo de Investigaciones de los Yacimientos de Atapuerca, en su primera novela *Al otro lado de la niebla. Las aventuras de un hombre en la Edad de Piedra*, Santillana Ediciones Generales, Madrid 2005,

El núcleo de la experiencia cristiana es el encuentro con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, guiado, sostenido, iluminado por la fuerza del Espíritu Santo. Ese encuentro supone el inicio de un largo camino de conversión personal, que transforma la interioridad del creyente y lo lleva a plantearse su vida con coherencia, a vivir según un estilo concreto: se siente hijo del Padre, vive en su presencia, intenta actuar según su voluntad. Y esto se convierte en una gozosa realidad que va creciendo cuando la relación con el Misterio de Dios está sustentada por una confianza filial, llena de ternura y afecto, una confianza que abarca a toda la persona del cristiano, que significa entrega serena en el designio del amor de Dios.

El encuentro con Dios se funda en una opción libre que ha descubierto, experimentado su ternura misericordiosa. Implica una actitud inteligente, libre, dócil, de abandono en la misericordia de Dios, ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en él como valor supremo de la existencia, asentimiento a su Palabra y obediencia a su voluntad. El proceso interior se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia, iluminadas por el Misterio, se abran a la realidad del amor en la vida concreta, intentando ser un reflejo eficaz y transformante de la bondad de Dios: A(...) puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús® (Heb 12, 2).

Desde el seno de la comunidad eclesial, el joven debe ir viviendo la fidelidad a la Palabra de Dios, el reconocimiento de las mediaciones históricas, la actitud de conversión, la disponibilidad, la apertura a la realidad, la celebración litúrgica del Misterio, la oración personal y comunitaria, el testimonio fiel...

¿Es posible recorrer ese camino hacia la experiencia de Dios sin la presencia de la virtud de la fortaleza?

7. Conclusión: la clave de la fortaleza está en descubrir una razón

Concluyendo esta reflexión tenemos que reconocer que en la sociedad actual, a pesar de todo, hay signos de fortaleza: en el voluntariado juvenil, en la asistencia de ancianos, de enfermos terminales o contagiosos, en el deporte profesional, en el mundo laboral y sindical... Y también conocemos en nuestra vida cotidiana numerosos ejemplos de fortaleza sorprendente: para soportar duros regímenes de adelgazamiento, para mantener una figura atractiva con muchas horas de gimna-

293: "Durante el trabajo en común del estezado se hablaba mucho y se contaban toda clase de chismes, anécdotas, relatos familiares y leyendas de tiempos ancestrales, que escuchaban también los pequeños y de este modo se iba instruyendo en las tradiciones de la tribu. Las mujeres explicaron a Gata que, del mismo modo en que se domaban las pieles, con paciencia, constancia, firmeza y cuidado, acariciando unas veces y doblando otras, quitando las asperezas, cortando y cosiendo cuando era necesario, así había que formar a los niños para que llegaran a ser de mayores duros y resistentes, y al mismo tiempo suaves y flexibles, impermeables por fuera y cálidos por dentro. Por eso la palabra que usaban para confeccionar un vestido significaba también educar a un niño, y era verdad que los ratos que pasaban junto a sus madres adobando pieles los preparaban para el resto de sus días".

sio, para disfrutar de modas o aficiones concretas, para experimentar actividades de alto riesgo, o para prepararse con disciplina unas oposiciones de las que depende la decisión de casarse o la posibilidad de conseguir un puesto de trabajo bien remunerado... La virtud de la fortaleza no está ausente. El problema reside en las escalas de valores. La cuestión decisiva es el porqué soy capaz de renunciar, de sacrificarme, de aguantar, de ser paciente, de perseverar, de ser fiel.

Nuestra tarea educativa y pastoral consiste en saber proponer razones, motivaciones que despierten el interés y que sostengan el esfuerzo. En último término el fortalecimiento de la voluntad y el hábito de la fortaleza convergen: “Así pues, la voluntad se aprende mediante la obediencia a una idea, a un proyecto, a una vocación”³⁷. Ahí reside el desafío, ahí se encierra nuestra tarea. Mostrar cómo la alteridad (el Otro, el otro, el amigo, el enfermo, el emigrante, el despojado de sus derechos...) se convierte en razón para saber renunciar, para saber modular mi deseo por un valor que se me impone.

Es decir, en último término, la fortaleza necesita la razón del amor. La fortaleza es “amor que soporta fácilmente todo aquello que se ama”, como escribe Tomás de Aquino, citando a San Agustín³⁸. Y en la educación de la fe la fortaleza debe encontrar su motivación última en la experiencia de la ternura de Dios. Quien se siente amado incondicionalmente, quien va descubriendo que su propia identidad depende de su capacidad de trascendencia, de apertura solícita hacia el otro, aceptará el sacrificio y el esfuerzo. Comprenderá que sin fortaleza no es posible la vida humana ni la experiencia religiosa. Y por ese camino, sostenido por la virtud estratégica de la fortaleza, perderá el miedo a entregarse, a confiar, a abrirse, a renunciar a sus propios deseos que buscan imponerse de forma absoluta. Perderá el miedo a sentirse miembro de una comunidad, que supone limitaciones y posibilidades, dependencia y autonomía generosa, que exige saber convivir, ser paciente, fiel, perseverante, aprender a respetar, ser capaz de acoger y de ser acogido.

³⁷ MARINA, J. A., *El misterio de la voluntad perdida*, 184.

³⁸ Cf. *STh* II-II, q. 123, a. 4. En el *Traité de l'Amour de Dieu*, Vol. II = *ŒUVRES Édition Complète*, Imprimerie J. Nierat, Annecy 1844, Livre XI, Chapitre XV, p. 292, afirma Francisco de Sales: «la force est l'amour qui encourage et anime le cœur pour executer ce que le conseil a déterminé devoir estre (sic) fait».